trabajando en el convento bajo la dirección de los Padres, ó bien que ejerzan el oficio en la ciudad, son el ejemplo de los otros por sus buenas costumbres y su manera de vivir.

Hay, desde hace más de treinta años, un colegio en Alepo para los jóvenes, treinta y tres escuelas para niños, y once de niñas, dirigidas por maestras laicas ó bien por las Hermanas de la Aparición, sostenidas con las limosnas de la Custodia. No van incluidos en este número los establecimientos confiados por nuestros Religiosos á los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Alejandría ó en otras Misiones franciscanas de que nos ocuparemos después.

La única condición para ser admitido en las escuelas que pertenecen á los frailes Menores, es la asiduidad y buena conducta. La enseñanza versa sobre religión, historia, aritmética, italiano, francés ó inglés, con la lengua de la patria respectiva, es decir, el árabe, el turco, el griego ó el armenio.

Hay todos los años exámenes públicos, á los que se invita á los cónsules y otras autoridades. Es una cosa verdaderamente consoladora el ver los progresos de estos pobres árabes tan ricamente dotados por la naturaleza pero tan monstruosamente descuidados por sus familias. Además de la enseñanza, se les proporciona también gratuitamente los libros, papel, plumas, etc., etc. Para este sólo objeto trabaja la tipografía franciscana gran parte del año

Estas escuelas, que cuentan con unos dos mil doscientos ochenta niños y mil niñas, ocasionan á la Custodia un gasto considerable; tanto más, cuanto que, perteneciendo casi todos á la clase pobre, reciben al mismo tiempo pan suficiente para su sustento.

V

El Orfanotrofio.

El año mismo en que nuestros religiosos cedieron la escuela á los Hermanos de las Escuelas Cristianas, es decir, en 1879, abrieron un asilo para la infancia huérfana, asilo que no recibió su forma definitiva sino seis años después, de la misma

mano que había erigido la iglesia de San Salvador. La estrechez del local, poco en relación con el número de niños recogidos en los alrededores de la Ciudad Santa y hasta en la isla de Chipre, lo húmedo y falto de ventilación, que lo hacían insalubre, pedían imperiosamente remedio, pero faltaban los recursos. El P. Guido, movido por ese sentimiento de confianza casi sobrenatural que Dios concede á ciertas almas que quiere hacer instrumentos de su providencia, no se desalentó. Redoblando la energía y el trabajo, provocó la largueza de nobles familias, excitó la caridad privada, dirigió un elocuente llamamiento á los comisarios de Tierra Santa, y recogió de esta suerte en poco tiempo la considerable suma de 40.000 francos. Con este dinero comenzó los trabajos, y tuvo la dicha de que nada le faltase para terminarlos. Al orfanotrofio añadió otro imponente edificio, en el que reunió la imprenta y los talleres. Mons Rotelli, Nuncio apostólico en París, que visitó en 1886 el convento de San Salvador, se quedó maravillado de todo esto, felicitó cordialmente al Custodio, y dijo que haría extensa relación al Pontífice de lo que había visto y admirado. Mons Cretoni, secretario de la Propaganda, le dirigió los mismos elogios.

El orfanotrofio es admirablemente propio para su destino. Las condiciones higiénicas, tan difíciles de establecer en Jerusalén, son en él excelentes. Por esta causa los niños se desarrollan allí no menos felizmente en lo físico que en lo moral. Lo que se enseña principalmente es la religión y la piedad. Es interesante observar cómo cada maestro de escuela ú oficio, conduce todas las mañanas sus alumnos á la Misa, volviéndolos á llevar á la iglesia á la caída del día para la oración de la tarde. Jamás hemos visto postura más correcta ni tan edificante como la de estos niños. Sencilla, pero limpia y decentemente vestidos, llegan con paso lento, los ojos bajos y las manos juntas. Prosternados sobre el suelo, permanecen en esta actitud durante los más largos oficios, sin moverse, sin volver la cabeza, como un coro de ángeles alrededor del Tabernáculo. Es ciertamente un tierno espectáculo el contemplar estos niños árabes elevando sus inocentes manos hacia el cielo, á fin de implorar los divinos favores para aquellos que se hacen su Providencia. ¡Cuán agradables deben ser al Señor es-

tas oraciones animadas por la caridad para recompensar la caridad!

Los Franciscanos no hacen ni quieren hacer de sus huérfanos hombres sabios; todo su fin es hacerlos comprender su dignidad y enseñarles un oficio honrado que no perjudique á su cuerpo ni á su alma.

Además de los que reciben en estos establecimientos, los Padres Franciscanos tienen cuidado también de más de otros trescientos, confiados, á costa de la Misión, á familias cristianas, que bajo la vigilancia del padre cura los educan como á sus propios hijos. Si este método hiere menos los ojos de los turistas que desean las obras brillando á la vista de todo el mundo, ¿no es, sin embargo, el mejor para convertir estos seres desheredados en hombres y cristianos?

VI

La imprenta.—El P. Domingo.

La imprenta y encuadernación ocupan un departamento muy extenso, y su conservación exige por año la suma de ocho mil francos. Hay tres máquinas, y tiene caracteres turcos, árabes, italianos, franceses, alemanes y griegos, de las que salen continuamente libros clásicos, gramáticas, historias, geografías, vocabularios, etc., pero principalmente libros de devoción, que sirven admirablemente para la propaganda religiosa. No puede menos de agradecerse á los frailes Menores el haber establecido en Jerusalén un medio de civilización tan activo y poderoso. Esta imprenta, que data de cincuenta años, ha sido la primera establecida en Oriente por los Misioneros. En ella se emplean constantemente unos veinte hombres, pagados á razón de tres francos cada uno, jornal muy suficiente para su subsistencia. Además de las máquinas para imprimir, hay aparatos para la litografía, estereotipia y una máquina de fundir los caracteres, del valor de tres mil francos, debida á la generosidad del emperador de Austria.

El Patriarca latino y todos los cónsules recurren á la imprenta franciscana. El Príncipe de Nápoles la visitó durante su permanencia en Jerusalén. Se hicieron en su presencia é instantáneamente tarjetas de visita con su cifra coronada, de lo que se maravilló bastante; pero lo que redobló su sorpresa y satisfacción fué el recibir, magníficamente encuadernados y con las armas de Saboya, los tres tomos de la *Guía en Tierra Santa*, de Fr. Liévin.

El Director es un religioso belga llamado P. Domingo Werson, de Amberes, cuyo buen sentido práctico y otras buenas cualidades le hacen apreciable á todos los que le conocen. Activo, laborioso, animado de generosas intenciones y de miras siempre elevadas, ha sabido dar al establecimiento un nuevo impulso. A su vuelta de un viaje á Europa, emprendido con el fin de visitar las principales imprentas, ha introducido en la de San Salvador todas las mejoras que permitían, así el local como los recursos de que podía disponer. Además de la imprenta tiene el P. Domingo también la dirección del orfanotrofio y de la maestría. Excelente músico, él es el que hace resonar el órgano en las fiestas innumerables de San Salvador y del Santo Sepulcro. Apenas se comprende que pueda bastar para tantas y tan distintas ocupaciones. Es verdad que tiene el arte de doblar el tiempo por la buena distribución que hace de él, y el valor perseverante de levantarse antes de la aurora. El es, en efecto, el que dice la primera Misa, á las tres de la mañana, así en invierno como en verano.

VII

Las artes y oficios.—Fr. Próspero.—Fr. Bernardino.

Los talleres están muy bien dispuestos, igualmente preservados del calor que del frío. Los obreros están allí con comodidad, mucho mejor que en sus casas ó en los bazares. Basta el verlos tan frescos y encarnados para juzgar de su buen estado de salud. Pero lo que los atrae más, no es tanto el bienestar material cuanto las amigables relaciones que tienen con sus patronos. Jamás una palabra áspera, ni un mal humor, siempre la sonrisa y la benevolencia. Hallan su felicidad en el convento; ¡éste es su atmósfera, éste su vida! Si no fuera porque no tienen hábito, se les podría juzgar frailes legos. Pocos hay que vuelvan al hogar doméstico sin entrar en la iglesia para rezar

su oficio. Los pensamientos de insurrección no turban nunca sus cabezas. Contentos con un modesto salario y asegurados del porvenir (1), tienen una quietud que contrasta singularmente con el espíritu de insubordinación del obrero europeo.

El taller más importante es el de carpintería, en donde trabajan, no sólo los carpinteros, sino también los ebanistas, escultores, etc.

El fraile que los dirige, á quien ellos llaman *Maestro*, es actualmente un holandés, que posee en grado sumo la práctica de su arte. El es el que dibuja, el que da los planos y el que distribuye la madera después de haberla ido á buscar al Líbano y á Beirut. Además, y esto es lo más enojoso de su tarea, debe tener cuenta de los menores detalles y hasta de un clavo... Es un quebradero de cabeza continuo. Cuando se ve todo lo que hace Fr. Próspero y se conoce su minuciosa piedad, no puede uno menos de maravillarse.

Como importancia artística, viene después del taller de escultura el de pintura, dirigido igualmente por un fraile lego. Hoy es Fr. Bernardino de Roma, autor de la rica decoración de la iglesia de San Salvador.

Era ya todo un artista, cuando abandonándolo todo entró en la Orden Seráfica. Nosotros mismos hemos tenido ocasión de admirar sus obras en las galerías del palacio Moroni, en Roma. Es, sin duda alguna, uno de los religiosos más ocupados, pues á cada paso se le llama de cualquier convento de la Custodia cuando hay alguna iglesia que decorar. Dotado de una gran seguridad de pincel, trabaja con facilidad y rapidez sorprendentes y una maestría incontestable.

A la escultura y pintura siguen la fragua, cerrajería, quincallería, fábrica de clavos, etc., en donde se aglomera una multitud de aprendices, bajo la dirección de otros religiosos.

¿Hablaré del sastre? A este fraile está confiada la confección de los hábitos y demás ropas para los cuatrocientos y aun más religiosos de la vasta misión de Tierra Santa. Está, además, encargado del lavado y compostura para los religiosos de San Salvador y del cuidado de todas las celdas. Dios sólo

(1) A los obreros que por enfermedad ó vejez no puedan continuar su servicio en el convento, se les sigue dando una módica pensión.

puede recompensar estas vidas desconocidas y laboriosas pasadas en la sombra de un claustro, fuera de todo lo que puede excitar ó halagar el amor propio. Los demás frailes no están menos ocupados ni son menos diligentes. Señalemos aún algunos otros, porque el citarlos todos nos llevaría muy lejos. Los dos frailes almaceneros tienen el cargo de recibir y examinar todas las provisiones y gruesas mercancías que entran y salen: trigo, cebada, frutas y legumbres, hierro, madera, piedra, objetos de todas suertes... es una tarea interminable. Tienen además que tratar con los muleteros y camelleros, misión soberanamente desagradable.

Un fraile lego y dos genízaros guardan la puerta. El religioso que desempeña actualmente este oficio, es valiente aunque avanzado en edad. Después de haber cerrado la puerta á las nueve de la noche, tiene que abrirla á las doce para dar salida á los panaderos, y por segunda vez al toque del *Angelus*. A él es á quien se llama cuando hay necesidad del cura ó del médico, lo que sucede con bastante frecuencia cada noche. Tiene además el cargo de arreglar y encender los faroles de los innumerables corredores y pasillos del convento, de distribuir cada día mil ó mil doscientas libras de pan á los pobres, con obligación de llevar registro de estas distribuciones, y después del mediodía distribuye también el vinagre que se fabrica en el convento, y del que las familias indigentes hacen mucho consumo. El religioso panadero se levanta á media noche y hace el pan con dos ó tres obreros para los conventos de San Salvador, del Santo Sepulcro, de Belén, de San Juan, de Emaús, y para todos los pobres de la parroquia, lo que representa de mil quinientas á dos mil libras cada día.

VIII

El molino á vapor.—Los macarrones.

Desde hace como dos años, un hermoso molino de vapor muele gratuitamente el trigo, no solamente para todos los latinos, sino también para el patriarcado y otros establecimientos religiosos de Jerusalén. Tampoco tardará en instalarse en los

nuevos talleres una buena jabonería, así como también otras manufacturas útiles.

Para terminar este capítulo, diremos que si se encuentra un campo propicio, se ensayará una escuela de agricultura con fábricas de loza, teja, ladrillo, carbón, á las que se añadirá la preparación de conservas alimenticias, frutas secas, etc., etc. (1). Un establecimiento de este género rendiría incalculables servicios al país, y daría bien pronto á los católicos la superioridad sobre todo lo que los protestantes y otras sectas disidentes han realizado hasta aquí en este género.

Si la industria y la agricultura tomasen en Palestina el vuelo que podían tomar, al salir los jóvenes aprendices de los talleres franciscanos, serían excelentes contramaestres, capaces de duplicar los recursos de un país que no pide sino ser ayudado para producir en abundancia. ¡Ojalá que las limosnas de Europa permitan á nuestros religiosos realizar esta obra tan útil como moralizadora! «Nuestros latinos, me decía un día el Padre Vicario, nos piden antes el trabajo que el pan; y sólo á falta del primero, pues no hay industria alguna en Jerusalén, es necesario concederles el segundo: tal es la voluntad expresa de la Santa Sede.» Y añadía: «Se nos reprocha que fomentamos la holgazanería, á lo que respondemos: proporcionadnos los medios de crear nuevas industrias, y nuestros latinos se ocuparán en ellas con gusto, prontitud é inteligencia. Formad numerosas y frecuentes caravanas, y daréis la vida á nuestras poblaciones, que esperan siempre vuestra llegada como una bendición.»

---

(1) Hay actualmente en San Salvador una importante fábrica de fideos y otras pastas que usan mucho los obreros.

CAPÍTULO XII

LOS PEREGRINOS Y FR. LIÉVIN. — LA ENFERMERIA Y LA FARMACIA

I

La providencia de los peregrinos.—Fr. Liévin.

Una de las grandes sorpresas y de los grandes encantos del peregrino que llega á Jerusalén, sea cualquiera la nación á que pertenezca, es sin duda alguna el oir hablar allí su propia lengua, y no ya por tristes mercenarios que se adhieren más á su bolsa que á su persona, sino por un religioso que se ofrece desinteresadamente á servirle de guía y á darle todos los consejos que crea oportunos para ayudarle á hacer con provecho su visita á los Santuarios. Este religioso no le dejará un instante: será su introductor en todas partes, le ilustrará, le alentará y le preservará de mil peligros. Si cae enfermo, él le proveerá de médico y medicinas, como lo hemos visto muchas veces; en una palabra, le hará todos los servicios del más sincero amigo.

Desde hace más de un cuarto de siglo, este amigo ha sido y sigue siéndolo para los franceses, italianos, belgas, flamencos y holandeses, el famoso Fr. Liévin, del que todos los que tienen la dicha de tratarle traen tan gratos recuerdos. En estos últimos años, él ha sido el jefe de esas armadas pacíficas que, bajo el nombre de *peregrinación de penitencia*, han edificado tanto á la Ciudad Santa. El las ha dirigido con maravillosa intrepidez, prudencia consumada, y con su característico buen humor, tan propio para alejar del viajero el sentimiento de sus fatigas, y aun el de cualquier peligro que en algunas partes puede correr.